



Versaciones de un chupaplumas

Pensé que estaba contento



Pero cuando muy pocos días después volvimos a vernos lo encontré deprimido.

– ¿Qué te pasa? – le dije, cerrando la carpeta y dejándola a un lado.

– Nada – repuso – ¿Qué quieres que me pase?

– Nada...

– ¡Pues a ver si es verdad! – contestó, con un algo de sarcasmo y pidiendo “a ver esos malditos folios” que hoy, dijo, tengo poco tiempo que perder.

– No – y para reforzar mi negativa, recuerdo, coloqué sobre la carpeta el paquete de tabaco y el mechero –; si no estás de humor será mej...

– ¿Vas a empezar de nuevo? – inquirió. Y parecía francamente molesto.

– No. Bueno... – titubeé –; quiero decir “no sé”. Mi intención era seguir porque, como la otra tarde parecías satisfech...

– ¿Y cuánto puede importar eso?

– Pues mucho. Después de todo tú eres el escritor, el que sabe de esto; y yo había pensado que si estabas content...

– ¡Y dale conmigo!

– Vale, vale... Hoy no estás de humor; es por eso que...

– ¿Te querrás olvidar de mi humor? – inquiriere – ¿Te podrás olvidar de mi jodido humor y entrar en materia de una maldita vez y en serio?

Pensé que estaba contento

– Sí, pero otro día; otro día que te encuentres en mejor predisposi...

– ¡A mi predisposición que la zurzan! ¿Te enteras?

– De acuerdo...

– “De acuerdo”, no — rebate —. Lo dices con desgana, sin entusiasmo, sin prestar atención a lo que si de verdad estás dispuesto a colaborar debe ocuparte...

– ¡“Si de verdad estas dispuesto a colaborar”! — y me siento dolido, casi menospreciado — Sabes de sobra, y a la vista está — aparto el tabaco y el mechero; abro la carpeta y doy un palmetazo sobre los folios — que estoy poniendo toda mi mejor voluntad en esto...

– No, si sí — admite, aunque como que a regañadientes —; buenísima a lo mejor lo es, pero tan débil, tan irresoluta, tan huidiza y timorata...

– ¡Hiriente! — lo corto, cerrando la carpeta de nuevo y volviendo a poner sobre ella el tabaco y el mechero — Hiriente y ofensivo, estás también.

No contesta. Se queda un rato en silencio, con la cabeza entre las manos. Luego se endereza, pide a la camarera un café “por favor doble”, tabalea sobre el tablero, infla los carrillos y sopla emitiendo una especie de brrr o algo así, se rasca la frente y dice *verás...*

– Verás... — dice.

Pero se para para, entornando un ojo, preguntar si voy a ser capaz de comprenderlo.

Pensé que estaba contento

Le contesto que lo intentaré y él dice *de acuerdo* y que pues entonces deje de marear la perdiz, y de ocuparme de él garabateando si está de tal humor o de tal otro, y de poner en su boca cosas que él me ha dicho que – le parece a él *y si no*, me sugiere, *tómate la molestia de pararte a pensarlas un poco* y que ya veré cómo chirrían – quedarían bastante mejor si me las llamase yo mismo.

- ¿Como qué, por ejemplo? – le pregunto.**
- Como que eres un escritor de mierda – dice.**
- ¿Ah; si?**
- Si: “Un escritor de mierda”, dije.**
- Vale; ya me he enterado... ¿Y?**
- Pues que no me gusta...**
- ¿Y qué es lo que quieres que yo haga?**

Se encoge de hombros y dice que él qué sabe; que si es que me lo tiene que dar todo resuelto y masticado; y que piense algo, una formula¹

¹ **Que tiempo de sobra tendré por las mañanas, en el ministerio, sin otra cosa que me pueda distraer mas que “tus aburridos expedientes” – dice –, de discurrir un diálogo con el que plasmar negro sobre blanco “si es que te quieres mantener en la idea de que discutamos por tal o por cual nombre para Camelia” nuestros desacuerdos. Pero que con uno o con otro lo que no tengo que perder de vista es que la protagonista “es ella, no yo”; y que deje por tanto de hacer mención constantemente a qué él dice, y cómo lo dice, y cuándo lo dice, y por qué lo dice...**

- ¿Te estás enterando? – me pregunta.**
- Sí.**

Pensé que estaba contento

Y zanja el tema con que pues entonces “¡Hala!” y que, ahora, si no me importa, será mejor que por hoy lo dejemos...

Le digo que sí, que claro, además tú tenías prisa.

Dice que no, que no tiene nada que hacer, que lo dijo nada más para que no tuviera que ser yo quien dijese “me tengo que marchar”, porque entonces a lo mejor me sentía obligado a explicar que es que iba otra vez a casa de Ramírez alegando que era por el tema de la papiroflexia pero que...

– ¿Qué? – pregunto.

– No, nada... Además – añade, tras pensárselo un poco – me parece bien que te estés empezando a encariñar un poco con... ¿Cómo quedamos en que se llamaba?

– Sonia.

– Sonia – repite él –; eso es.

Y se queda como pensativo, un ratito, tabaleando sobre el tablero otra vez y volviendo a inflar los carrillos para soplar después el aire emitiendo una especie de brrr; luego se pone de pie y dice “bueno, pues venga” y que “Sonia, sí; puede estar bien” pero que, a él, “en fin tú verás, yo no quiero influenciarte”, siempre le pareció que no era la de las botas con vueltas de piel sino la otra.

Fin^{*}

*** “Aquí se cierra el círculo 123-45-67 que se abrió en la cárcel y se cierra en el Cielo” — dijo don Sisenio desde el púlpito, al terminar la lectura.**

Y que esto debería servirnos de prueba de que los designios del Altísimo son inescrutables.